

BERNARD LIEVEGOED

CULTURA DEL CORAZÓN



Publicado originalmente en holandés bajo el título:

Cultuur van het hart

© Uitgeverij Vrij Geestesleven, Zeist 1994

Traducción al español: Karina Zegers de Beijl

Redacción: José Ramón Blanco

Primera edición española

©Copyright de la edición española 2013 - LAO Arte Editorial, S. L. - Villalar 6, - Madrid

ISBN: 978-84-941665-0-1

Depósito Legal: M-23830-2013

ÍNDICE

PRÓLOGO A LA EDICIÓN HOLANDESA	Pág. 7
1. LOS FENÓMENOS DEL TIEMPO Y PERSPECTIVAS FUTURAS	Pág. 9
2. YO SÍ CREO QUE LA SANGRE LLEGARÁ AL RÍO	Pág. 31
3. CULTURA DEL CORAZÓN	Pág. 43
4. HACIA EL AÑO 2000	Pág. 53
5. EL DESARROLLO HUMANO EN LAS ANTIGUAS ESCUELAS DE MISTERIOS	Pág. 71
6. EL HOMBRE COMO CREADOR DE SU MUNDO	Pág. 93
7. REVERENCIA	Pág. 115
FUENTES	Pág. 131

PRÓLOGO A LA EDICIÓN HOLANDESA

Bernard Lievegoed era un maestro de la palabra hablada. Muchas personas han podido disfrutar de sus inspiradoras conferencias. Antes de sintetizar sus temas en un libro solía tomarse el tiempo necesario para desarrollarlos, trabajándolos en sus conferencias y en conversaciones privadas. No es de extrañar, pues, que sus textos publicados se hagan eco de la vivacidad de su palabra hablada.

La presente edición contiene algunas conferencias y entrevistas de los últimos veinte años de la vida de Bernard Lievegoed. En ellas encontramos los temas característicos de toda su obra vital: el desarrollo de una imagen espiritual del ser humano, el camino de la enseñanza interior, el trasfondo de los acontecimientos de la época en que vivimos, y, también, nuestra responsabilidad de cara al futuro. En el núcleo de la obra de Bernard Lievegoed se advierte el impulso para una nueva cultura Micaélica - una “cultura del corazón” –, una cultura que permita el desarrollo y el despliegue del alma humana y en la que puedan trabajar los impulsos espirituales.

Las presentes contribuciones representan una introducción a la obra vital de Bernard Lievegoed, a la vez que aportan nuevos y sorprendentes puntos de vista. Se presentan de esta manera por primera vez. Los textos han sido revisados y corregidos para esta edición allí donde se ha considerado necesario. Se ha mantenido el carácter de la palabra hablada.

El editor

1. LOS FENÓMENOS DEL TIEMPO Y PERSPECTIVAS FUTURAS

Durante una discusión con estudiantes, uno de ellos dijo: “Creo que los señores –con el término ‘señores’ aludió a unas personas en concreto– han olvidado que en el año 1966 tuvo lugar una revolución cultural”.

Para “la gente mayor” un comentario de este tipo puede ser una sorpresa; muchos jóvenes, sin embargo, lo ven de una manera distinta. Ellos perciben el año 1966 – el comienzo de la revolución cultural china – como un principio, como un momento de cambio dentro de una estructura social, dentro de un núcleo social. La historia conoce más momentos de este tipo – el Renacimiento, la Revolución Francesa, la Revolución Rusa – y podemos hacernos la pregunta: ¿cuál es la causa de que estos momentos se produzcan? Respecto a esto, la opinión de la ciencia histórica mantiene dos puntos de vista. El primero se basa en circunstancias puramente materiales y económicas. Dicen: todos los cambios culturales son el resultado de factores económicos. Marx, por ejemplo, lo veía así. Otro punto de vista nos lo presenta alguien como Toynbee. Éste nos habla de la expansión y de la recesión de culturas como consecuencia del hecho de que, por circunstancias más o menos

casuales, en algún lugar se produce un desafío, una pregunta, que puede ser contestada por ciertas personas, o no. Y si hay quien acoge el desafío, entonces puede nacer una nueva cultura. Si no se producen la reacción o el acogimiento, la cultura retrocede.

Lo que estas dos explicaciones tienen en común es que parten de la idea de que los hombres siempre han sido iguales, siguen siendo las mismas personas, y aunque antes a lo mejor no eran tan inteligentes como nosotros ahora, y en cierto sentido no estaban tan desarrollados, en el fondo el hombre ha sido siempre el mismo a través de todas las culturas. Si uno quiere comprender las culturas desde este punto de vista, ha de aceptar que reinaban otras circunstancias, las cuales han provocado reacciones distintas. Esta es la explicación desde fuera.

Por otro lado, hay grupos que dicen: el hombre mismo crea su entorno; el hombre es un ser que no vive solamente en un mundo natural, sino que también crea una cultura a partir de sí mismo. Visto así, se puede decir que la creación de una cultura no solamente es fruto de un mero reaccionar a situaciones que se encuentran fuera del ser humano, sino que es algo que, desde el interior del hombre, se proyecta hacia fuera.

De esta manera vemos cómo las distintas culturas son expresiones externas de aquello que vive como lucha interior, como capacidad creativa en grandes grupos de personas.

Visto así, se puede decir que los cambios culturales son cambios de la conciencia humana; cambios en la forma de percibir el propio yo, y una nueva manera de experimentar el mundo.

Un cambio de cultura quiere decir, entonces, que en un momento dado grupos de personas empiezan a experimentar un cambio en la manera de verse a sí mismas, al mismo tiempo que se produce un cambio en su manera de percibir el mundo. Digamos que se mueve el “centro de interés” de la gente. Visto así, se puede decir que cada cultura

es determinada por aquello que la gente que forma parte de esta cultura considera importante. O sea, que se produce un cambio en la escala de valores.

Un ejemplo: solemos estar orgullosos de los avances tecnológicos de nuestro tiempo. A partir de este orgullo emitimos un determinado juicio sobre las culturas antiguas. Se dice: antes, la gente no estaba preparada para nuestra cultura tecnológica, les faltaba nuestra capacidad intelectual. Y con esto se pasa por alto aquello que han logrado, por ejemplo, los egipcios en la construcción de sus pirámides. Hoy en día, si quisiéramos investigar la exactitud y la proporcionalidad de sus mediciones, necesitaríamos avanzados instrumentos de medida.

Uno se puede preguntar: ¿cómo lo hacían? ¿Cómo puede ser que aquellas personas no hayan podido desarrollar más sus capacidades? Y se podría contestar: porque en su cultura había otras cosas que eran más importantes que la tecnología. Allí dónde se producen cambios en la tecnología, siempre se produce un cambio de valoración.

Desarrollo humano y evolución

Ahora bien, podemos decir: cuando se mira la historia cultural de esta manera, se coloca al hombre en el centro. Efectivamente, Rudolf Steiner siempre coloca al hombre en este lugar. Y cuando uno profundiza en este punto de vista, resulta que es un punto de partida que da mucho de sí, ya que aporta un camino de entendimiento de la coherencia entre el desarrollo del hombre y el desarrollo de la humanidad.

Esto lo podemos comprobar a partir de determinadas fases de desarrollo en la vida del ser humano. Ahí también se producen cambios de valores, por ejemplo, cuando un niño deja la fase de párvulo y entra en la edad escolar; cuando el adolescente se hace adulto; cuando un adulto entra en la fase de la edad mediana, y, luego, cuando éste entra en lo que llamamos la tercera edad.

Todos tenemos determinadas experiencias. ¿Qué me motivaba hace quince años? ¿Cómo era entonces? ¿Qué tipo de problemas había y qué cosas me afectaban? ¿Qué me emocionaba? Nos daremos cuenta de que muchos de estos temas que entonces nos parecían muy importantes han dejado de importarnos, mientras que las cosas que hoy día nos preocupan son totalmente diferentes.

Cambios de este tipo, cambios en las cosas que tienen importancia, se pueden observar tanto en la propia biografía como en el desarrollo cultural. Esto nada tiene que ver, por ejemplo, con la discriminación de anteriores fases culturales frente a fases más recientes. Tampoco hay que comparar los años infantiles con lo que vivimos de mayores. ¿Qué es más importante, la infancia o la tercera edad? Es una pregunta sobre la cual podemos discutir horas y horas. El niño pequeño tiene todo su futuro por delante; ¡cuántas posibilidades se podrían presentar! En el hombre mayor la vida se está cerrando, digamos que ha dejado de florecer.

Dice Goethe: el hombre no vive para hacerse mayor; el hombre vive para vivir la vida ahora, para hacer lo que ahora tenga que hacer. No importa todo aquello que tenga por delante; lo que importa es hacer lo que en un determinado momento sea lo correcto y lo que haya de hacerse.

Lo mismo se puede decir de la historia cultural. Las culturas que florecen son las culturas que expresan aquello que está de acuerdo con una determinada fase del desarrollo del alma humana.

¿En qué imagen de la humanidad está basado este punto de vista? ¿Y cómo se relaciona esta imagen con el desarrollo cultural? Ya desde los tiempos de Platón se percibía al hombre como ciudadano de dos mundos: por un lado un mundo espiritual, el mundo de los dioses, un mundo de ideas y de valores, y por otro lado el mundo de lo físico-material.

El hombre participa de ambos. O dicho de otra manera, el alma vive entre ambos mundos, en un mundo intermedio. El hombre percibe la parte del alma que tiene sus raíces en este mundo espiritual interiormente

como su yo, como su propia personalidad, mientras que, por otro lado, es consciente de todas las fuerzas que salen de su parte corporal. Así que, por un lado, tenemos aquello que, a través del yo, eleva al ser humano por encima de lo animal, mientras que por el otro lado está aquello que le ata al sistema biológico.

Respecto a esto último en estos momentos (1970) existe una lucha intensa para conseguir que se perciba al ser humano como un mero objeto biológico. El mono desnudo de Desmond Morris es un bestseller. Este libro empieza con la siguiente conclusión: existen 193 especies de monos, de los cuales 192 son peludas. Solamente una de las especies está desnuda. Y ésta se llama homo sapiens.

Resulta que, curiosamente, este único mono es tan importante que le han dedicado el libro entero. De las restantes 192 especies no se habla en absoluto. Y esto es porque ese mono único no se comporta como los otros. Su comportamiento es diferente. Diferente ¿de qué manera?

Si comparamos al hombre y al mamífero desde la perspectiva de lo que tienen en común encontramos mucha similitud. El organismo físico del hombre es el resultado del desarrollo del mamífero.

Otra posibilidad es la de comparar al hombre y al mamífero en base a sus diferencias. En seguida vemos que, entre los mamíferos, el hombre ocupa un lugar excepcional. Esto empieza ya con el nacimiento: el nacimiento del hombre es muy prematuro. Si de verdad fuera mono, necesitaría un período de gestación de 15 a 16 meses, en lugar de los 9 meses que dura el embarazo de la mujer. El hombre, cuando nace, todavía es, digamos, medio embrión. De ahí su extrema desnudez, su extrema vulnerabilidad. El desarrollo del ser humano es distinto, es más irregular, que el desarrollo del animal.

Un animal es adulto en el momento en que es capaz de reproducirse. Si el hombre fuera meramente un mamífero, sería adulto con cinco o seis años. Y no lo es. Aunque a esa edad, curiosamente, se produce la

madurez de los ovarios, hay que esperar unos seis o siete años más para que se produzca la ovulación... y ni siquiera entonces es adulta la mujer. Vemos cómo la madurez se va aplazando con saltos en el tiempo. Esa madurez, vista desde lo que llamamos el desarrollo normal de la especie, finalmente se alcanza con los 21 años.

Observamos, pues, una diferencia importante con el desarrollo del animal. Otra diferencia es la siguiente: esa amplia fase intermedia de unos quince años permite que el hombre pueda desarrollar otras cosas aparte de lo meramente biológico. Como ser humano se distingue por el hecho de que dispone de la capacidad de formar símbolos, de pensar en símbolos y de crear un lenguaje. Justamente eso que está relacionado con la creación de un lenguaje, con la capacidad de pensar en símbolos, no es una consecuencia automática del desarrollo biológico. Proviene de un mundo muy diferente, y convierte al hombre en ciudadano del mundo espiritual, el mundo en el que viven las raíces de la fuerza creadora de los símbolos.

Es de este mundo de donde proviene la aspiración de la creación cultural, penetrando al alma por mediación del yo; el pensar se despierta a través del uso del lenguaje y da lugar a la creación consciente de representaciones y a la capacidad de selección de normas y a la ética. Estas capacidades, pues, se desarrollan a partir de otra fuente, desligadas de los instintos y los deseos biológicos, los cuales operan a través de lo corporal. Ojo, no digo “en lugar de”. El hombre conoce ambos mundos. El hombre vive en ambos mundos. Goethe ya lo dijo con esta frase: *“Zwei Seelen wohnen, ach, in meiner Brust”* (“Dos almas, ¡ay!, viven en mi pecho”). *“Die eine hält in derber Liebeslust.”* (“Una, aferrada -al mundo- con intenso deleite.”). Mientras que a la otra la atraen las alturas espirituales.

Es entre estos dos mundos donde se mueve la vida anímica y donde, en fases distintas, tiene lugar el desarrollo del yo.

La época del alma sensible

Rudolf Steiner escribió sobre estas fases de desarrollo, por ejemplo, en su obra Teosofía. La primera fase es descrita como la fase del desarrollo del “alma sensible” (Empfindungsseele). El hombre que pasa por esta fase experimenta el mundo que le rodea todavía de una manera en que la vivencia interior predomina sobre la percepción del exterior. Se trata de una consciencia que podríamos llamar simbólica. El hombre todavía no tiene la capacidad de percibir el mundo de una manera nítida. Cada vez que percibe algo en el exterior añade algo que proviene de su propio interior.

Todos experimentamos esto en nuestra vida, en nuestra primera juventud: cuando percibimos las cosas del mundo en derredor nuestro no como algo exterior, sino como algo que nos pertenece y que, por consecuencia, se vive como una extensión nuestra. La silla es mala. La silla recibe una bofetada porque ha hecho daño al niño. Eso significa, pues, que el niño se basa en su propia vivencia interior, en aquello que el mundo exterior le hace sentir. Todavía no tiene la capacidad de ver el mundo como algo exterior a él. De la misma manera se puede entender que esa silla, que en algún momento es mala, unos segundos después puede ser un caballo y el niño su jinete. Acto seguido el niño se mete debajo de la silla, y la silla se convierte en una tienda de campaña o la casa en la que vive, o incluso en un barco que surca el suelo convertido en mar. Dicho de otra manera: el mundo interior es proyectado fuertemente hacia el exterior.

Más adelante, en nuestra adolescencia, repetimos esta fase del desarrollo humano, pero esta vez en un nivel, digamos, diferente y más elevado, cuando, en general hacia los veinte años, entramos a formar parte de la sociedad: es entonces cuando volvemos a proyectar nuestros propios deseos y anhelos hacia el mundo.

Ahora, volviendo a las acciones de los estudiantes en los años sesenta, y mirándolas desde esta óptica, podemos comprenderlas algo mejor. Se